

SECRETOS DEL ABUELO, LA HISTORIA DEL NIÑO QUE APRENDIÓ A SOÑAR

Alejandro Cayetano Anaya Rosas*

RESUMEN

El trabajo plantea un análisis, desde la perspectiva mitocrítica, de una obra que bien podría inscribirse dentro del género de la literatura indígena. El texto: en cuestión se titula *Secretos del abuelo* de Jorge Miguel Cocom Pech, no son otra cosa que una serie de ritos iniciáticos, con los cuales la figura del adolescente es encaminado hacia la madurez, todo esto desde la cosmovisión indígena. Uno de los presupuestos de este escrito es que, a pesar de la ya aludida cosmovisión indígena, la obra no puede evadir tópicos ni arquetipos universales: iniciación, transición y aprendizaje; el héroe, el guía y el viaje del primero.

ABSTRACT

The study attempts to analyze, from an anthropological semiotics perspective, a book that might well be considered within the genre of indigenous literature. The text in question is titled: *The Grandfather's Secrets* by Jorge Miguel Cocom Pech, are nothing other than a series of adolescence initiation rituals that lead the adolescent on the road to maturity. All this is based on an Indian weltanschauung. One of the motives of this work, in spite of the aforementioned Indian weltanschauung, is to underscore the inherent universal topics and archetypes it contains: initiation, transition, and knowledge-through the use of the hero, the guide, and the hero's journey.

PALABRAS CLAVE

Arquetipo, mitocrítica, héroe, cosmovisión indígena, ritos iniciáticos.

KEY WORDS

Archetype, myth critical, hero, Indian weltanschauung, adolescent initiation rituals.

* Estudiante de la Maestría en Literatura Mexicana Contemporánea, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Azcapotzalco, DCSH.



ecretos del abuelo,¹ de Jorge Miguel Cocom Pech (1952), aparece en el año 2001, en los umbrales del siglo XXI y con un marco coyuntural, en cuestiones indígenas, de suma importancia para México. Por la marcada insistencia en la frugalidad del indio maya, en la pureza de sus pensamientos y en su cosmovisión casi silvestre, dicho texto podría conmover a primera lectura. Sin embargo, sería ingenuo dejarse entusiasmar por el contenido manifiesto de esta obra, pues lo que Cocom Pech vierte en su historia no son sino tópicos que se han venido tratando desde siglos atrás, y tal vez de una forma más dinámica, más arriesgada. El libro en cuestión se constituye por fragmentos; está escrito en dos lenguas, el mayat'an y el castellano; y aunque una sentencia afirma que el orden de los factores no altera el producto, habría que hacernos la pregunta –ya que esto no es ciencia dura, sino literatura– de por qué antecede el español a la lengua materna del escritor, lo último según León Portilla en el prólogo.

Antes de entrar de lleno al análisis del texto, me gustaría exponer brevemente mi postura ante la literatura de corte indígena, que no indigenista;² pues la última, aunque creamos que no está circunscrita únicamente a lo somero del universo indígena, sí debemos admitir que esboza la cosmovisión india desde un ángulo externo, con una perspectiva occidentalizada, mientras que la primera es producto de los indios mismos en sus lenguas originarias: o sea que su visión es más profunda y real.

Pienso, pues, que esta literatura se encuentra todavía distante de nosotros, los más occidentalizados, los enceguecidos por la bruma de las letras que hoy por hoy son precepto canónico. Si bien en el perímetro de lo formal aún no logramos comprender del todo algunos textos indígenas, en lo concerniente a lo argumental su postura es hartamente asequible, y añadiría inapelable; pues

¹ Existe una nueva versión del libro: *El abuelo Gregorio, un sabio maya*, México, CONACULTA, 2013.

² Por citar un ejemplo, Ramón Rubín, quien con novelas como *El canto de la grilla*, *El callado dolor de los tzotziles* o *La bruma lo vuelve azul*, entre su vasta obra, es uno de los autores más reconocidos en lo concerniente a la "literatura indigenista".

gran parte de ellos nos remiten, casi siempre de forma velada, al vocablo “resistencia”. Dicha oposición funge como un mecanismo de defensa que emplean los escritores indios para conservar su cosmovisión primordial. Tal vez, por eso, no entendemos bien a bien su modo de escritura, pues ésta conserva resabios de oralidad, pero también de un desarrollo social que a través de los siglos se ha negado a ceñirse a otras visiones, ajenas o distantes, que violentan su entorno y, por añadidura, su esencia. No intentemos minimizar la profundidad de un texto literario indígena, tampoco sería justo abordarlo desde un campo que no le corresponde, antropológico o sociológico. Mejor sería respetar la singularidad del mismo o buscar nuevas herramientas teóricas literarias para aproximarnos a esta comarca de nuestra vasta literatura.³ En todo caso, aún nos queda mucho camino, largo y sinuoso, para afrontar y admitir su particular universo.

II

Secretos del abuelo me hizo recordar un género literario que encontró su paradigma en el *Wilhelm Meisters Lehrjahre* del escritor alemán Goethe: el *Bildungsroman* o novela de aprendizaje, o formación; es entendible pues leemos el desarrollo de un personaje: el desarrollo psíquico y espiritual de un niño maya.⁴ La historia versa sobre el mismo Cocom Pech y su abuelo, quien desvela sus secretos ante el párvulo Jorge Miguel. Al narrador no le queda otra que aceptar su destino –estamos ante la primera fase de “el camino del héroe”, según Joseph Campbell, pues lo que leemos no es otra cosa que el “llamado a la aventura” mítica–,

³ Ezequiel Maldonado en su ensayo titulado “La narrativa transcultural, una literatura que crea su propia crítica”, menciona algunos nombres que han seguido de cerca la evolución de esta literatura. “La narrativa transcultural, una literatura que crea su propia crítica”. *Tema y variaciones de literatura. Una mirada a la crítica latinoamericana*. Semestre II, número 35. pp. 61-86.

⁴ Mi intención, al referir el *Bildungsroman*, es tan sólo hacer notar que el libro *Secretos del abuelo* puede ser analizado con diversas herramientas teóricas que han sido puestas al servicio de la literatura occidental, desde hace más de un siglo; y, aunque la interpretación que elaboro opta por otro camino diferente al de la “novela de formación”, también está sustentada por herramientas teórico literarias que se utilizan en literaturas occidentales.

ya que fue elegido de entre varios niños por medio de un ritual un tanto azaroso –aunque los mayas lo verían como designio divino–, para emprender la grandiosa tarea de trasladar la palabra maya a las futuras generaciones, “porque el héroe mitológico es el campeón no de las cosas hechas sino de las cosas por hacer”.⁵ Esa “palabra” está cargada de la sabiduría y cosmovisión de un pueblo milenario, por tal motivo la empresa es de proporciones monumentales, heroicas.

La “palabra maya” no flota en el aire como el vocablo que expresa nimiedad; es primigenia y por eso vive en lo más profundo de la psique del indio, en lo abismal de su espíritu, quizá porque representa un arquetipo que germinó con los primeros misterios de la humanidad. Entonces es necesario desprenderse del cuerpo, materia efímera, para acceder al conocimiento ancestral que la “palabra” detenta, y observar de frente las “imágenes protectoras y benéficas que permitían expulsar el drama anímico hacia el espacio cósmico extraanímico”.⁶ Para que esto suceda, el sueño se convierte en la única vía posible, pues en esa condición, que por otro lado se homologa con la muerte, el iniciado converge en el sendero con su espíritu protector, su tótem, su nagual: encuentra el conocimiento al que sólo unos cuantos tienen acceso. En este sentido, el tema evoca la dualidad cuerpo-alma, un dualismo que remite en la literatura mexicana a otro sueño: el *Sueño* de Sor Juana. Pero sólo en la dualidad, porque si a la monja le causavértigo lo inaccesible a tanta sabiduría en su *solitario* viaje, para el novicio Jorge Miguel Cocom sería impensable una travesía por el mundo onírico sin un guía o chamán, en este caso su abuelo, quien, en esta parte del texto, representa “la ayuda sobrenatural” que socorre al aventurero, para que éste lleve a cabo el segundo paso de la aventura mítica: “el cruce del umbral”.

Aunque existe un impedimento: Jorge Miguel Cocom Pech, el signado, no sueña. Al menos eso cree él, ya que al despertar no recuerda nada de lo que ha transitado por su universo psíquico, y tal caso, según el abuelo don Gregorio, es señal de una mácula espiritual: “sólo recuerdan sus sueños los limpios de corazón,

⁵ Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras*, p. 300.

⁶ Carl Gustav Jung, *Arquetipos e inconsciente colectivo*, p.18.

los limpios de espíritu”.⁷ Dicha impureza hará que los rituales de iniciación –la tercera etapa de nuestro héroe es la que Campbell denomina “Iniciación”, en ella se lleva a cabo “el camino de las pruebas”, los ritos iniciáticos– sean más emotivos, recurso de dramaticidad empleado para que el texto, como obra literaria, sea más eficaz.

Hay una transición de la pueril ignorancia hacia la sabiduría del alma, y para que este cambio se produzca de forma eficiente, es menester la preparación adecuada. Entonces los pueblos, las tribus, y hasta las personas modernas y ciudadinas, acudimos a los ritos de iniciación, a un aprendizaje que nos acondiciona para la vida adulta. Todo esto lo observa Cocom Pech y lo plasma como si nos desvelara un secreto oculto en las profundidades de una región inhóspita, casi fantástica. Pero no nos engañemos, el lenguaje que describe los rituales del indio, los bucólicos cuestionamientos del niño y la sapiencia de don Gregorio es asido de una herramienta sentimental, más que de lo literario o lo verosímil.⁸ El pequeño Jorge Miguel, quien sufrirá un cambio drástico en su alma, no detenta ni el más mínimo signo de perversidad; su mundo se reduce a lo moralmente aceptado; la herencia que recibe no lo redimirá de nada porque, sólo hasta que sabemos que él será el encargado de transmitir la sabiduría de la “palabra” milenaria, es un personaje hueco, insustancial.

Sin embargo, la iniciación conlleva dolor y agobio, nada es gratuito en el mundo y la adultez se paga caro: por tal motivo hay que dejar en claro que la preparación puede traer consigo muchas vivencias traumáticas y engorrosas. Si no se sueña, se tendrá que soñar, para que el alma y el corazón se purifiquen, para volver restituido de esa pequeña muerte simbólica –no es de balde en el texto el vuelo del *xoch* o búho, ave que, dentro

⁷ Jorge Miguel Cocom Pech, *Secretos del abuelo*, p. 36.

⁸ Me parece que el dramaturgo Rodolfo Usigli, en la frase que cito a continuación y que aparecen en el prólogo a su *Corona de luz*, generaliza; empero, creo que sus palabras sustentan lo que quiero expresar, aparte de llevar implícita una dosis de verdad: “en un país que cuando no es pasional hasta el crimen es sentimental hasta el suicidio, el teatro de ideas resulta particularmente difícil. No porque los mexicanos no tengan ideas, sino porque habitualmente las ponen a trasminar, o trasudar en el barro de la pasión o el sentimentalismo”. Rodolfo Usigli, *Corona de sombra, Corona de fuego, Corona de luz*. p. 240.

de la mitología expuesta, presagia la muerte—; ya que “la esencia de estos ritos de iniciación, en lo que tienen de simulacro de muerte y resurrección, sería un intercambio de vidas o almas entre el hombre y su tótem”.⁹

Vemos pues, que el paso decisivo hacia la vida adulta, el llevar a cabo la encomienda asignada por alguna deidad, o simplemente por aquel reptil alado que aparece en el delirio del novicio, trae implícita una desintegración del mundo anterior. Entonces asistimos a la transformación de un Jorge Miguel Cocom niño en un joven poseedor de fuerzas espirituales que le ayudan, por fin, a soñar, o a recordar lo soñado, para que, de ese mundo onírico, ya indeleble en su memoria, tome la evanescente “palabra maya” y la transcriba para bien de su pueblo. Es, sin duda, la travesía espiritual, circular o monomítica,¹⁰ que emprende una figura heroica, en el sentido campbelliano, para sumergirse en esa profundidad trascendente; porque, ya lo dijimos, él fue el “elegido”, y “la aceptación de la ‘elección’ sobrenatural encuentra su expresión en la sensación de que uno se ha entregado a poderes divinos o demoniacos, y por ello, de que se está destinado a una muerte inminente”.¹¹

Así pues, don Gregorio encuentra en su nieto al sabio sucesor que cumplirá los rituales sagrados para re-crear el mundo maya, para salvar a su pueblo y a la vez perennizarlo, pues según palabras del abuelo: “cuando los blancos atacaban a los mayas, los exterminaban sin miramientos. Lo mismo mataban a mujeres y a ancianos que a niños”.¹² Ese acto iniciático del rito es regenerativo porque se lleva a cabo en un tiempo primigenio, lejos de la percepción del tiempo común o, como diría Mircea Eliade, profano.¹³ El héroe está fuera del espacio habitual, o sea de la realidad genérica y tangible, y nadie percibe sus batallas puesto que éstas se libran dentro del “vientre de la ballena”, del dédalo oscuro, de la trascendencia chamánica o simple-

⁹ James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*, p. 603.

¹⁰ La palabra “monomito” la utiliza Joseph Campbell, en su *Héroe de las mil caras*, quien refiere que dicho vocablo se ha tomado de James Joyce. Ver Joseph Campbell, *op. cit.*, p. 35.

¹¹ Mircea Eliade, *Mitos, sueños y misterios*. p. 97.

¹² Jorge Miguel Cocom Pech, *op. cit.*, p. 27.

¹³ Ver “El tiempo sagrado y el mito del eterno recommienzo” en Mircea Eliade, *Tratado de historia de las religiones*, pp. 346-365.

mente del templo del “yo”; pero siempre, acentuémoslo, en un tiempo *ejemplar*. Si atendemos a la simbología sagrada, es un ir adentro de la cueva que simboliza el corazón, para que de ese lugar cósmico central renazca el signado, ya no por segunda vez: más bien éste será su tercer nacimiento, pues, dice René Guénon, es el que “se efectúa en el orden espiritual”.¹⁴

Lo anterior es de suma importancia y, a mi modo de pensar, uno de los aciertos del escritor, ya que, si nos ceñimos al supuesto de la oposición tiempo sagrado-tiempo profano, el último puede horadar su marcha diacrónica para que el rito se inserte en el tiempo hierofánico y no sea un remedo del acto en cuestión (el rito) sino el acto mismo (lo que representa el trance ritual): o sea que “la periodicidad significa ante todo la utilización indefinida de un tiempo mítico *hecho presente*”.¹⁵ Y, qué mejor emplazamiento, para encontrar al espíritu protector e impregnarse de toda la sabiduría ancestral, que el sueño.

Es entonces el sueño, esa indescifrable esfera del mundo psíquico, donde acechan los demonios personales; pues simboliza un viaje introspectivo, peligroso, como quien baja el monte al lado de un arriero guía para llegar a un fantasmal pueblo y descubrir el origen de uno mismo; hallar a los dioses y a los espectros que antecedieron la Historia presente y que viven ahora enterrados bajo los pliegues de la conciencia, porque su naturaleza es arquetípica, inconsciente, primitiva como “los mitos [que] son ante todo manifestaciones psíquicas que reflejan la naturaleza del alma”.¹⁶ Pero también allí, en los sueños, en el incorpóreo mundo del Jorge Miguel Cocom Pech niño, sopla el viento deífico que le otorga un nuevo nombre al iniciado, un apelativo mágico y cargado de poder que lo relaciona con las deidades y que no podrá revelar a nadie, so riesgo de perder todo lo ganado en la fuerte experiencia ritual que significó su viaje a la región onírica.

¹⁴ René Guénon, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, pp. 120 y 219.

¹⁵ Mircea Eliade, *op. cit.*, p. 350.

¹⁶ Carl Gustav Jung, *op. cit.*, p. 12.

III

El último fragmento de *Secretos del abuelo* es de un matiz alucinante; en éste el iniciado traspasa el umbral del sueño sin que nosotros, los lectores, nos percatemos de cuándo lo hace. El tiempo profano es abolido y deja al descubierto una proyección del alma primigenia: un pequeño internándose en una caverna donde indómitos hombres libran una batalla; el trofeo es una mujer, quien después de la feroz lucha será penetrada por el lacerado triunfador. La imagen es pletórica en simbolismos, desde el de la caverna misma, hasta el bastón que empuña quien suponemos es el líder. Sin embargo, aunque el lector pueda intuir que estas representaciones son el mensaje de la sabiduría; las astillas del espejo que refleja fragmentariamente lo primordial del pueblo maya, convertidas en material onírico, en resabios de los ritos y mitos ancestrales; el escritor desenmascara el desafío que la narración había alcanzado. Nos desencanta y nos aterriza en la obtusa cotidianidad. Cito las palabras que cierran el texto: “De pronto, fui descubierto... descubierto por mi abuelo, quien levantó la sábana que cubría mi cara... Entonces desperté”.¹⁷ No hacía falta saber que el niño, por fin, soñaba, que toda aquella carga mítica y simbólica era tan sólo un sueño. Y esto me deja algo claro: que de esa otredad indígena, como tal, hay muy poco en este *Secretos del abuelo*. Intuyo, pues, que el indio maya es más humano –y, paradójicamente, más fantástico– de lo que el texto nos quiere hacer creer; que existe, hoy en pleno siglo XXI, una transculturación casi pasada por alto en el libro de Jorge Miguel Cocom Pech; y que el indígena también es veleidoso y a veces vengativo. De este universo casi ininteligible –digo casi porque demasiadas cosas nos son imposibles de asimilar a primera lectura–, existen obras que podrían fungir más como vasos comunicantes entre los occidentalizados y la cosmovisión indígena; textos que algunos estudiosos de las letras no se atreven a reconsiderar pues su idiosincrasia les es ajena, porque para ellos es más natural y lógico, más cercano, un texto grecolatino o con motivos eurocéntricos.

¹⁷ Jorge Miguel Cocom Pech, *op. cit.*, p. 122.

Secretos del abuelo, en sí, no sólo es una herencia de la sabiduría maya, de igual manera trata tópicos universales: es una alegoría de la transición de la niñez a la vida adulta, de la agreste vida infantil a una etapa de sabiduría simbólica, donde cada parte de la naturaleza adquiere un valor superior al valor terrenal dado actualmente; y es en este aspecto donde, a mi modo de pensar, reside la belleza del texto –de igual manera, podríamos interpretarlo como la etapa final del “camino del héroe”, pues éste regresa de su jornada mítica (aquel sueño henchido de símbolos) a transmitir la sabiduría alcanzada–. El autor recurre al modelo de las pruebas de iniciación, las cuales son un salto a las profundidades del alma, para purificarla; por tal motivo, Jorge Miguel Cocom tiene que lidiar en primera instancia con la ausencia de un mundo interior, el de los sueños; y en segundo término con lo sombrío, con la noche. El joven o novicio parte de la vida común hacia la noche, pues es allí, en la oscuridad de sus pensamientos y en la soledad interior y en el silencio lóbrego de la madrugada, donde comienzan las pruebas del candidato. Pero, reitero, no lo hace solo: ni el héroe más osado ha podido dar este paso sin la ayuda de un guía; pues, según Campbell, “el primer encuentro de la jornada del héroe es con una figura protectora”;¹⁸ y en este caso, el escritor optó por una de las “figuras protectoras” más obvias: la del abuelo, la sabiduría del arquetipo junguiano de anciano, maestro e instructor superior.¹⁹

Iniciación, transición, aprendizaje. Es este Jorge Miguel Cocom Pech un héroe mítico, en el sentido de que lejos de abandonar la encomienda, escucha el llamado a la aventura y lo atiende. Pero su labor dista aún de estar completa; tendrá que llegar a la adultez para que “el ciclo cosmogónico [pueda] seguir adelante, no por medio de los dioses, que se han vuelto invisibles, sino por los héroes de carácter más o menos humano y por

¹⁸ Joseph Campbell, *op. cit.*, p. 70.

¹⁹ Cabe señalar que la pareja misma, formada por el niño y el anciano, es, en sí, ya una forma paradigmática o simbólica de algunas estructuras míticas; por ende no podía dejar de ser tema de estudio del propio Jung, por ejemplo en *Simbología del espíritu: estudio sobre fenomenología psíquica*: “Este par desempeña también en la alquimia un papel extraordinario como símbolo de Mercurio.” p. 20. “Otro aspecto de la condición antitética de Mercurio es su caracterización como *senex* (anciano) y como *puer* (niño).” p. 83.

medio de los cuales se realiza el destino del mundo²⁰. Sin embargo, hasta este punto de la historia, el fruto de su rito iniciático, el desenlace del mismo, se suma a la vasta y árida llanura de finales felices; pues nuestro párvulo héroe no posee la arrogancia suficiente para mostrarnos el reflejo de la condición humana visto desde un cristal negro, más provocador, desde un azogue atroz que en verdad podría impactarnos.

BIBLIOGRAFÍA

- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. Traducción de Luisa Josefina Hernández. México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Cocom Pech, Jorge Miguel. *Secretos del abuelo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Eliade, Mircea. *Mitos, sueños y misterios*. Barcelona, Kairós, 1999.
- _____. *Tratado de historia de las religiones*. México, Ediciones Era, 2007.
- Frazer, James George. *La rama dorada, magia y religión*. Traducción de Elizabeth Campusano, Tadeo I. Campusano; traducción de la nueva edición de Óscar Figueroa Castro. México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Guénon, René. *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Compilación y presentación de Michel Válsán. España, Gran Logia de España, 1962.
- Jung, Carl Gustav. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Traducción de Miguel Murmís. Barcelona, Paidós, 1988.
- _____. *Simbología del espíritu: estudio sobre fenomenología psíquica*. Traducción de Matilde Rodríguez Cabo. México, Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Maldonado, Ezequiel. "La narrativa transcultural, una literatura que crea su propia crítica", en *Tema y variaciones de literatura. Una mirada a la crítica latinoamericana*. Semestre II, número 35. México, UAM-A, 2010, pp. 61-86.
- Usigli, Rodolfo. *Corona de sombra, Corona de fuego, Corona de luz*. México, Porrúa, 2010.

²⁰ Joseph Campbell, *op. cit.*, p. 282.